



DIVERSIDAD MIGRATORIA EN LAS DOS ORILLAS DEL MEDITERRÁNEO. DE LAS EXPERIENCIAS HISTÓRICAS AL DESAFÍO ACTUAL

Andrés Sánchez Picón y José Ángel Aznar Sánchez
Universidad de Almería

1. Historias diferentes en escenarios próximos

Separadas por un espacio que se abre hacia el Este que va desde los pocos kilómetros del Estrecho de Gibraltar hasta los más de 200 del mar de Alborán, entre Orán y el Cabo de Gata, las costas norteafricana y del sur de la Península Ibérica se han convertido desde hace unos años en una de las fronteras migratorias más calientes del mundo¹. El flujo de emigrantes que trata de alcanzar la orilla europea, o el intenso tráfico que cada verano provoca el retorno de los residentes norteafricanos en Europa, han convertido en la última década a la costa sur española en una versión europea del río Grande. Este nuevo papel es en términos históricos una novedad, no se remonta a más de cuatro o cinco lustros, siendo el resultado de la aparición a una escala significativa de movimientos migratorios desde el Sur hacia Europa.

Esta área geográfica ha sido históricamente escenario de grandes movimientos de la población. En torno a la región más occidental del Mediterráneo se ha tejido a lo largo del tiempo una red de intensas relaciones humanas, de encuentros y desencuentros que siguen palpitando hoy en los retos que afrontan los habitantes de las dos orillas. Paso obligado entre África y Europa, finisiterre para las culturas del Mediterráneo oriental que siguiendo la costa o a través de las islas pudieron acercarse a las costas occidentales, la movilidad es un rasgo histórico en las sociedades mediterráneas que se acentúa en el caso de las comunidades campesinas que habitan tanto en el Atlas o el Rif como en las Béticas. La montaña mediterránea como fábrica de hombres para la recolección de los campos en las llanuras, para la trashumancia ganadera, para la guerra ..., es una idea que ya desarrollara la vieja geografía francesa y que recogiera el gran historiador del Mediterráneo Fernand Braudel (1953).

Pero por encima de las similitudes, destacan las sendas diferentes que distancian a las dos orillas en el horizonte, por lo menos, de los últimos 500 años. La separación y el desencuentro han predominado en este medio milenio, muy lejos ya de la unidad cultural, económica y política que disfrutaron las dos orillas en otros momentos históricos (el Imperio romano o el esplendor de Al Andalus, por citar los ejemplos más refulgentes).

Desde entonces los desplazamientos migratorios entre las dos orillas, o desde las dos orillas, han pasado, a grandes rasgos y por orden cronológico, por estos episodios:

¹ Roque (1990) y King (1993).



- Migración forzada desde la orilla europea hacia la norteafricana, como consecuencia de la conquista castellana del litoral mediterráneo andaluz a finales del siglo XV (1492) que culminaría con la expulsión de los moriscos en dos fases (1571 desde el reino de Granada, 1609 desde el resto del territorio de la Monarquía Hispánica).
- Migración incentivada por el Estado, a través del programa de repoblación emprendido en tiempos de Felipe II, atrayendo a gentes del interior de la Península para cubrir el vacío producido por la expulsión morisca en el antiguo reino de Granada.
- Migración desde la orilla europea (sureste español) hacia la norteafricana desde mediados del siglo XIX hasta 1930, como consecuencia de la colonización francesa de Argelia y, en mucho menor grado, del Protectorado español en Marruecos.
- Migraciones desde el sur y sureste de España hacia los países nuevos americanos, dentro del gran ciclo de los movimientos transoceánicos que se desarrolla durante la segunda mitad del siglo XIX y primera mitad del XX.
- Migraciones desde la orilla norte española hacia las áreas europeas durante la edad dorada de crecimiento económico del capitalismo europeo (reconstrucción y expansión de postguerra) desde 1945 hasta 1973, que facilitará el intenso proceso de desagrarización que vivieron las sociedades euromediterráneas en los cincuenta y sesenta. Asociado a este ciclo, aunque con antecedentes en las primeras décadas del siglo XX, estaría el flujo que desde el sureste español, primero, y desde Andalucía, después, tuvo por destino Cataluña y otras regiones industrializadas españolas.
- Migraciones desde la orilla afronediterránea (Argelia y Marruecos) hacia Europa (Francia y Bélgica, sobre todo) a partir de los años setenta del siglo XX, una vez que se debilita el flujo de españoles e italianos.
- Migraciones desde África hacia Europa a partir de los años ochenta-noventa del siglo XX, con una ampliación de las áreas emisoras con la aportación cada vez mayor de emigrantes subsaharianos, y con un nuevo papel de España y de su orilla sur mediterránea, que pasan a convertirse en áreas receptoras netas.

Una rápida conclusión tras esta sumaria relación podría subrayar el hecho de que los habitantes de las dos orillas no han compartido en ninguno de los capítulos reseñados sus experiencias migratorias. Tras la drástica separación producida hace quinientos años, las trayectorias resultan claramente diferentes. Los españoles del área más próxima al norte de África emigraron a América o Europa sin verse acompañados por norteafricanos. La llegada masiva de éstos hacia el continente europeo ha sido posterior.

No es nuestra intención desarrollar en este texto todas las etapas migratorias que se han citado más arriba. Nos situaremos en primer lugar en el marco histórico menos remoto, el de los siglos XIX y XX, para señalar las características e intensidad de los flujos migratorios que han protagonizado los habitantes de las dos orillas, con la intención analítica de que este recorrido por el tiempo nos ayude a entender las diferencias con el movimiento que actualmente se produce. Determinado así el marco temporal, algo cabe decir también sobre el espacial. Aquí combinaremos enfoques más generales en los que haremos uso de los datos agregados en el ámbito nacional, con aproximaciones a un ámbito más concreto. Pensamos que el fenómeno migratorio no se difunde de manera regular entre los países concernidos, sino que relaciona territorios específicos, en donde el papel de las oportunidades económicas o la información facilitada por las cadenas migratorias, prontamente confeccionadas por los emigrantes pioneros, actúan concentrando espacialmente los efectos de atracción y de expulsión. Las migraciones tienen una plasmación territorial diversa. Hay que aumentar la escala de observación para atender a los efectos de todo tipo, económicos, sociales y culturales, básicamente, que se producen. Para este fin, desde el lado español, la provincia de Almería será una referencia importante ya que su historia emigratoria y su conversión, ahora, en uno de los focos más importantes de la inmigración más reciente, la convierte en una zona privilegiada para el análisis que nos proponemos (Aznar Sánchez y Sánchez Picón, 2000).

2. La emigración desde la orilla europea al norte de África

Curiosamente, los primeros pasos de la emigración exterior desde el sur y sureste de España se dieron en dirección al Norte de África. La primera experiencia emigratoria de una cierta escala se produjo hacia la orilla africana más próxima. El movimiento, iniciado muy pronto con la aparición de contingentes de menorquines en los primeros compases de la colonización francesa de Argelia (a partir de la conquista de 1830), tomaría mayor extensión a partir de 1840-50, cuando sean sobre todo emigrantes de las provincias del sureste (Almería, Murcia y Alicante) los que integren la mayor parte de este flujo. La preponderancia de la provincia de Almería es ya notoria a partir de 1870, y desde entonces hasta finales de siglo, se colocará por delante de Alicante y Murcia en el origen de las gentes que desembarcan cada año en la costa magrebí. En este caso se debe destacar la “especialización” del sureste peninsular en la emigración hacia Argelia puesto que a finales del siglo XIX los españoles disponían de diferentes opciones exteriores de asentamiento, entre las que predominaba Argentina (con el 36,3 por 100 del total de la emigración exterior), seguida de Cuba (con el 23,6 por 100) y Argelia (con el 21,8 por 100). Frente a esta diversidad de destinos elegidos por los emigrantes españoles, los almerienses se concentraban en Argelia (el 97,8 por 100 de los que emigraron al exterior entre 1888 y 1890 lo hicieron hacia el país norteafricano) (Sánchez Alonso, 1995).



Tabla 1. Emigrantes hacia Argelia (en promedios anuales)

Años	Almería	España	Porcentaje
1885-1889	8.188	16.114	50,8
1890-1894	6.951	14.091	49,3
1912-1916	2.769	23.367	11,9
1932-1934	1.139	14.111	8,1

Fuente: Cózar Valero (1984) y Bonmatí Antón (1992).
Elaboración propia.

Entre los factores de expulsión que actuaron desde la provincia almeriense habría que aludir a la crisis de la minería del plomo durante el último tercio del siglo XIX, los problemas de una agricultura minifundista en un entorno medioambiental difícil y la fuerte presión demográfica tras el fuerte crecimiento del período 1820-1860 (Sánchez Picón, 1992). Por otro lado, la elevada tasa de retornos y el carácter temporal de esta emigración se relaciona además con la tradición migratoria de la provincia almeriense en donde los movimientos estacionales de gran intensidad son notables desde el siglo XVIII (Sánchez Picón, 1988).

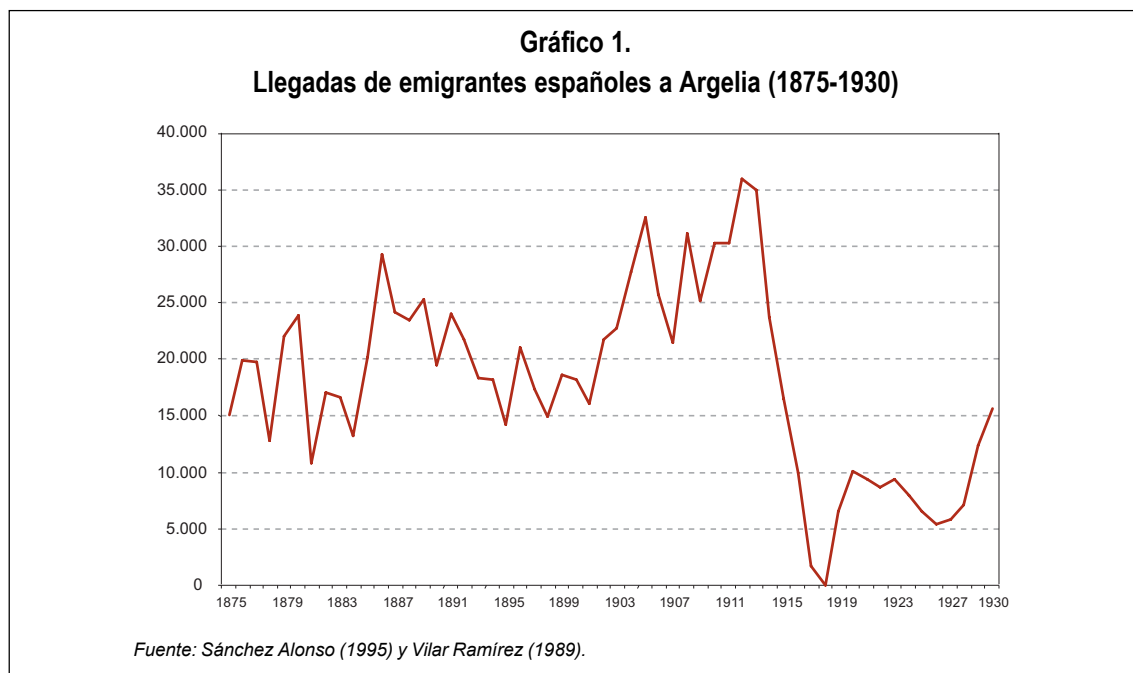
Entre los factores de atracción que justificaron la completa concentración de almerienses en el destino argelino destacaron las facilidades de acceso, la tipología de mano de obra demanda; la complementariedad temporal de los mercados de trabajo de ambas orillas del Mediterráneo, los elevados salarios percibidos, y los fluidos contactos entre ambos territorios (Aznar Sánchez, 2000). Además, el movimiento fue alentado por la administración colonial francesa y por la activa presencia en territorio peninsular de agentes de la "Compagnie Franco-Algèrienne", concesionaria de los extensos atochales de las altiplanicies del Tell, que al socaire de la gran demanda internacional de esparto para la fabricación de papel, puso en marcha un sustancioso negocio. Con el concurso de los expertos recolectores almerienses y levantinos, la explotación de los amplios espartizales de la meseta oranesa avanzaría y la materia prima se conduciría por ferrocarril hasta el puerto de Arzew, al este de Orán. La Administración española, por su parte, dispuso de muy poca información al respecto, tanto en lo referente a la cuantía como a las causas de estos desplazamientos. El Gobierno y la sociedad española en general se vieron sorprendidos ante la magnitud del fenómeno con ocasión de las matanzas de Saïda en 1881².

Tras el paréntesis abierto por el dramático incidente, el flujo migratorio se reanudaría con fuerza para no decaer hasta avanzada la década de 1890. A partir de 1914 el destino argelino comenzó a retroceder de forma considerable en comparación con las importantes cifras que había alcanzado en los años precedentes. Los factores que le hicieron perder poder de atracción fueron

2 En este desgraciado suceso, perecerán más de un centenar de braceros indefensos, en su mayor parte originarios de Almería, a manos de los seguidores de Bou Amena, líder de una insurrección anticolonial. La repatriación posterior de buena parte de la colonia española y el debate sobre la emigración, ocuparon muchas páginas en la prensa nacional y local durante el verano de 1881 y colocaron al gobierno español ante una realidad a la que, hasta entonces, había vuelto la espalda.

diversos³, si bien los fundamentales tuvieron un marcado carácter económico. A principios del siglo XX se inició en Argelia un proceso de sustitución de mano de obra extranjera por otra más barata (básicamente marroquí) que desempeñaba las mismas tareas que los emigrantes almerienses pero a menor coste. Esa permuta, junto a la crisis del modelo agrícola argelino, llevaron a una drástica disminución de la demanda de trabajadores almerienses, y los que conseguían empleo recibían unos salarios bastante inferiores a los que venían cobrando en campañas anteriores. Además en esos años surgió con fuerza Argentina como destino alternativo. El resultado de la confluencia de todas estas variables fue que, aunque en los años siguientes se produjeron algunos momentos de emigración hacia Argelia, este país acabó perdiendo su poder de atracción hasta llegar a desaparecer definitivamente a finales de la década de los treinta.

A pesar del carácter temporal de la mayoría de los desplazamientos, la política de naturalizaciones emprendida por el Gobierno francés y la consolidación de cadenas migratorias potentes actuaron para configurar un asentamiento estable, de tal modo que la población española terminaría siendo un componente fundamental de los habitantes argelinos de origen europeo. Conforme el flujo de emigrantes temporales (braceros agrícolas, sobre todo) fue decayendo a lo largo del primer tercio del siglo XX, a la vez que se confirmaba el ascenso económico y social de los ya instalados (con el salto a los servicios, al pequeño comercio y a la condición de propietarios) se aceleró la integración y asimilación de este colectivo, a la vez que se diluyeron hasta casi desaparecer los contactos con las regiones originarias.

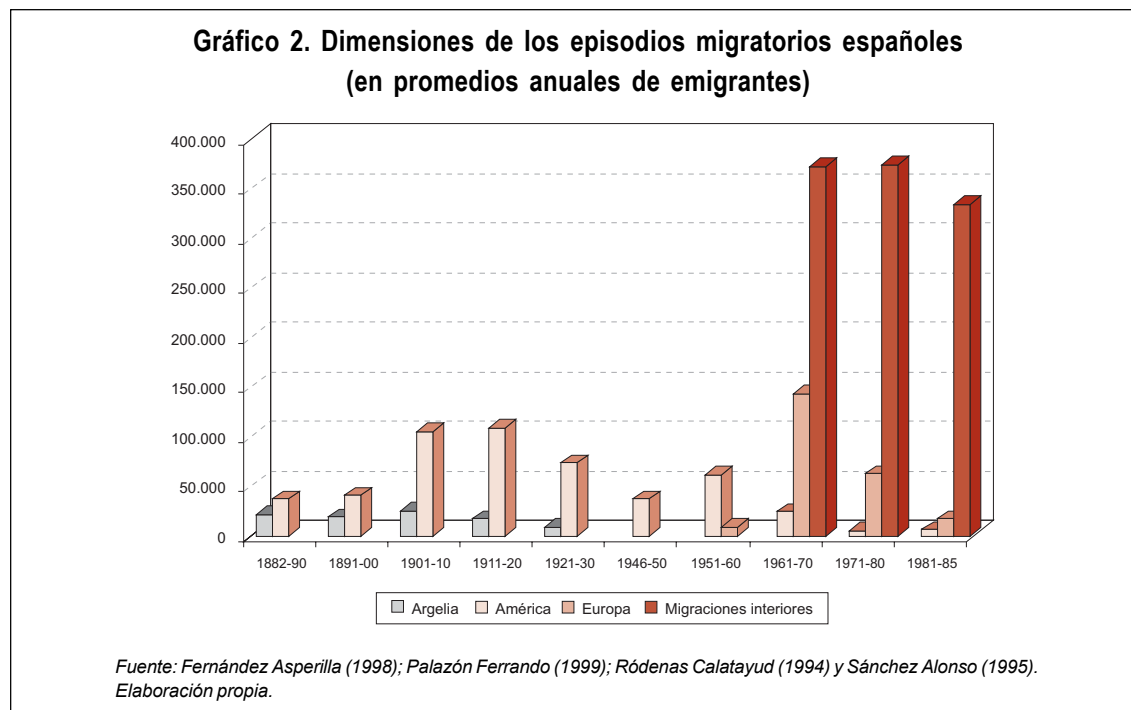


3 Entre ellos destacan los aspectos legales, especialmente la “ley de naturalización automática” que aunque había sido promulgada en 1889 empezó a tener efectos a partir de 1911. Según dicha ley, todo europeo nacido en Argelia se convertiría a los 21 años en ciudadano francés a menos que declarara explícitamente entonces su deseo de conservar la nacionalidad de sus padres (Puyol Antolín, 1979).



3. Una mirada rápida a los episodios emigratorios españoles

La emigración a Argelia fue desde la década de 1840 el preámbulo al gran ciclo de la emigración exterior que ha supuesto, junto con la redistribución de la población dentro de la Península, como consecuencia de los movimientos internos, la etapa de mayor movilidad de la historia demográfica española (Nadal, 1966). El Gráfico 2 trata de resumir la magnitud y la cronología de los diferentes movimientos migratorios al efecto de que podamos situarnos ante las tendencias a partir de un orden de magnitud⁴. Carecemos, no obstante, de estimaciones precisas de las migraciones interiores durante la primera mitad del siglo XX cuando ya habían adquirido una importante entidad. De hecho, los datos apuntan a que han sido los desplazamientos internos, dentro de cada una de las provincias, entre éstas y entre diferentes regiones, los grandes protagonistas de la movilidad de la población española a lo largo del siglo XX y especialmente durante su segunda mitad. Aunque es cierto que algunos de estos cambios de domicilio, por la proximidad entre áreas emisoras y receptoras, difícilmente podrían considerarse migraciones, este sesgo no invalida el protagonismo de los movimientos internos.



4 Los especialistas tratan de depurar las cifras disponibles en orden a disponer de series con datos migratorios más completos que los que proporcionan los organismos oficiales como por ejemplo el IEE (Instituto Español de Emigración) de la emigración hacia Europa. Con informaciones alternativas (datos de los países receptores, entre otros) Ródenas Calatayud (1994) presenta datos de la emigración continental superiores a los de la emigración "asistida" por la oficina gubernamental. Por su parte, Sánchez Alonso (1995) ha estimado una nueva serie de la emigración transoceánica.

Las cifras globales de la emigración bruta exterior (sin descontar retornos) serían de unos 900 mil emigrantes hacia Argelia durante el medio siglo que va de 1880 a 1930; más de 4,5 millones hacia América durante la centuria 1880-1980; o más de 2,2 millones en los veinticinco años que van de 1960 a 1985 y que se dirigieron a los países europeos. La intensificación de la emigración exterior resulta notoria durante la etapa de apertura y desarrollo económico (1959-1973), y se ve acompañada por una extraordinaria potenciación de los movimientos internos que fueron protagonizados por más de 9 millones de personas entre 1960-1985.

Las dimensiones de los diferentes episodios migratorios sugieren que la relación que se establece entre pobreza o atraso económico y emigración dista de ser mecánica. De hecho, la emigración se intensifica en las dos etapas más expansivas de la economía española durante el siglo XX antes de la integración en la Comunidad Europea: el periodo 1900-1930 (Tortella, 1994), en el que la emigración americana alcanzaría promedios anuales superiores a las 100 mil personas; y los años de la etapa desarrollista (1959-1973), con cifras anuales de emigración hacia Europa que superaban los 140 mil desplazados⁵. Tampoco hay que olvidar que las coyunturas económicas internacionales anteriores a las crisis de 1919 y 1973-79 alentarían los desplazamientos internacionales de trabajadores, favorecidos, además, por las actuaciones de los gobiernos de los países de destino. Las restricciones a la inmigración no aparecerían en los países receptores de América del Sur hasta la década de los cuarenta-cincuenta, y en Europa hasta los ochenta-noventa. Los factores que han intervenido en cada uno de los episodios migratorios son, pues, numerosos, complejos y difíciles de ponderar. Además, el componente territorial o regional amplía la casuística e interfiere en la ponderación de las causas y de los efectos. Las tesis de la teoría neoclásica de las migraciones, que subrayan la decisión individual de emigrar como respuesta a las diferencias de rentas y salarios entre diferentes áreas, han sido matizadas con la consideración del potencial migratorio específico de cada zona (en función del crecimiento demográfico), el grado de atraso de la agricultura, así como la estructura de la propiedad, los sistemas de herencia predominantes o el grado de información ligado a los progresos de la alfabetización (Sánchez Alonso, 1995). Además el papel de las cadenas migratorias en el sentido de aportar una red de información y contactos que facilitan la diáspora y reducen los costes de la emigración, pone de relieve la necesidad de insertar como factor determinante en la intensificación del flujo, la historia migratoria de cada zona.

Los proyectos migratorios resultan además diversos en función de los destinos y de las perspectivas iniciales de integración. La distribución por sexos resulta un indicador del predominio del carácter definitivo o temporal en el desplazamiento. Así en los movimientos hacia Europa, más del 80 por 100 de los emigrantes fueron varones, mientras que en las migraciones interiores entre 1961-1973 las cifras se repartían entre un 52 por 100 de hombres y un 49 por 100 de mujeres⁶. No obstante, a pesar de que la temporalidad fue incentivada por los gobiernos de los países receptores

5 A los que habría que añadir las cifras de emigrantes de temporada que en los años setenta oscilaban en torno a los 95.000 anuales. Ródenas Calatayud (1994).

6 En la emigración continental, en el periodo 1964-1973, el 83,6 por 100 fueron varones y el 16,4 por 100 mujeres; de 1974 a 1985, el porcentaje de hombres subiría hasta el 91,1 por 100 (Ródenas Calatayud, 1994).



que incorporaban a la mano de obra española bajo la etiqueta de "trabajadores invitados" (*gastarbeiters*), el elevado número de retornos no anuló las numerosas regularizaciones que consolidaron una importante colonia de residentes españoles definitivos en países como Francia, Alemania, Suiza y Bélgica⁷.

4. El protagonismo de Almería como tierra de emigración

El Cuadro 2 trata de presentar unos indicios del protagonismo de la provincia de Almería en algunos de estos episodios de la emigración exterior española. Las tasas brutas que ha calculado Sánchez Alonso (1995), a partir de su nueva serie anual de la emigración española, colocan a Almería a la cabeza de las provincias españolas hasta la segunda década del siglo XX. Su posición contrasta con el comportamiento del resto de la región andaluza (que apenas participaría en los movimientos migratorios anteriores a la guerra civil) y mantiene alguna proximidad con la zona de Alicante, que funciona también en el siglo XIX como una de las zonas de origen de los emigrantes que se dirigen a Argelia. Las otras provincias destacadas se ubican en la esquina noroeste de la Península, las provincias gallegas y Canarias. Sin embargo, estas áreas eran ya el origen de un importante flujo hacia América en el último cuarto del siglo XIX que en Almería no sería predominante hasta los primeros años del novecientos. La caída de la tasa en los años 1919-20 quizá deba también relacionarse con el debilitamiento del destino argelino, por un lado, y con la aparición de un fuerte movimiento hacia Barcelona, por otro, que por su consideración de migración interna no estaría comprendida en esta tasa (Aznar Sánchez, 2000).

Tabla 2. Relación de las primeras 10 provincias por tasa bruta de emigración (emigrantes por mil habitantes)

	1888-1890		1911-1913		1919-1920
1 Almería	23,78	Almería	37,30	Orense	27,70
2 Canarias	21,70	Orense	33,00	Coruña, La	22,90
3 Pontevedra	15,80	Alicante	30,30	Lugo	21,20
4 Alicante	13,60	Pontevedra	30,00	Pontevedra	19,80
5 Coruña, La	12,00	Lugo	29,00	Canarias	19,50
6 Oviedo	11,90	Coruña, La	26,40	Almería	14,90
7 Cádiz	10,40	León	20,40	Oviedo	12,80
8 Málaga	10,00	Oviedo	19,90	Santander	11,20
9 Baleares	6,50	Zamora	19,50	Zamora	10,80
10 Santander	6,10	Salamanca	17,00	Salamanca	9,90
ESPAÑA	5,20	ESPAÑA	11,17	ESPAÑA	9,40

Fuente: Sánchez Alonso (1995). *Elaboración propia*.

⁷ En 1990 existían importantes cifras de residentes españoles en países como Francia (216.000), Alemania (127.000), Suiza (116.000) y Bélgica (55.000). En América destacaba la concentración en Argentina (270.000), Venezuela (104.000), Brasil (82.000) y EE.UU (44.000) (Palazón Ferrando, 1999).



El protagonismo almeriense en la emigración exterior irá disminuyendo a lo largo del siguiente ciclo, el de la emigración a Europa, a la vez que se intensifica la participación en el flujo interno que se dirige, sobre todo, a Cataluña.

La emigración hacia América se dirigió de forma aplastante hacia Argentina: en torno al 90 por 100 de las cifras totales (Cózar Valero, 1984). Los promedios anuales, que fueron muy elevados en los años anteriores a la Primera Guerra Mundial, con cifras medias de unos 12.000 emigrantes que alcanzan su cénit en 1912 (21.000 emigrantes), se reducen hasta los poco menos de 3.000 anuales de la década de 1920.

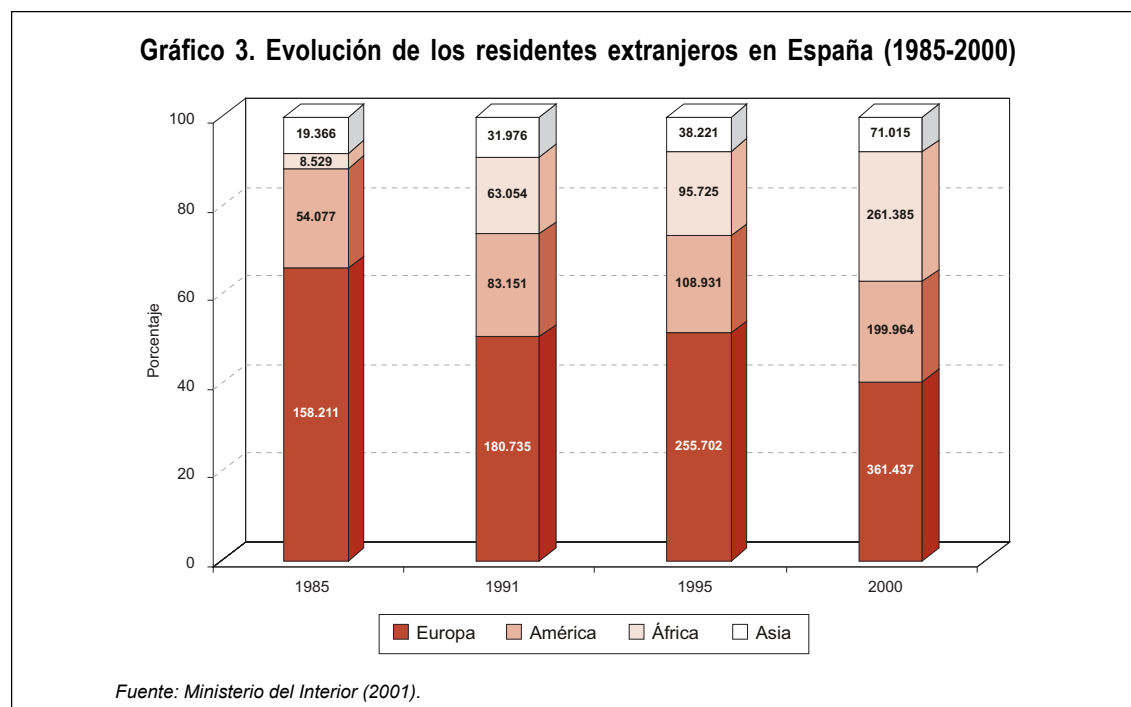
Entre 1882 y 1975 alrededor de 350.000 almerienses emigraron hacia países extranjeros. De esta cifra, más del 88 por 100 (unos 308.000 emigrantes) salieron entre 1882 y 1936, mientras que la emigración hacia Europa entre 1961 y 1975 alcanzó la cifra de 22.500 personas (el 6 por 100 del total). Para reafirmar la modestia, en términos relativos, de la emigración continental respecto de la ultramarina (Argelia y América) podemos retener la comparación entre los años de mayor actividad emigrante. Mientras que en 1889 llegaron a embarcarse para el país norteafricano 10.063 almerienses, o en 1912 para Iberoamérica (Argentina, sobre todo) otros 21.100, en 1969, el año de mayores salidas en la emigración europea, el organismo oficial correspondiente anotaba para la provincia de Almería a 2.604 personas. Durante el ciclo migratorio 1960-1973 la emigración almeriense estuvo orientada hacia otras regiones españolas. La emigración hacia Barcelona y Cataluña se mantuvo predominante durante la década de los sesenta, aunque en esta última etapa los destinos se ampliaron a otras zonas del país como Madrid o las regiones valenciana o murciana. Con todo, hacia 1970 casi el 70 por 100 de los 185.000 almerienses residentes fuera de la provincia se encontraba concentrado en la provincia de Barcelona y otras zonas de Cataluña.



5. De tierra de emigración a la mayor concentración de inmigrantes norteafricanos

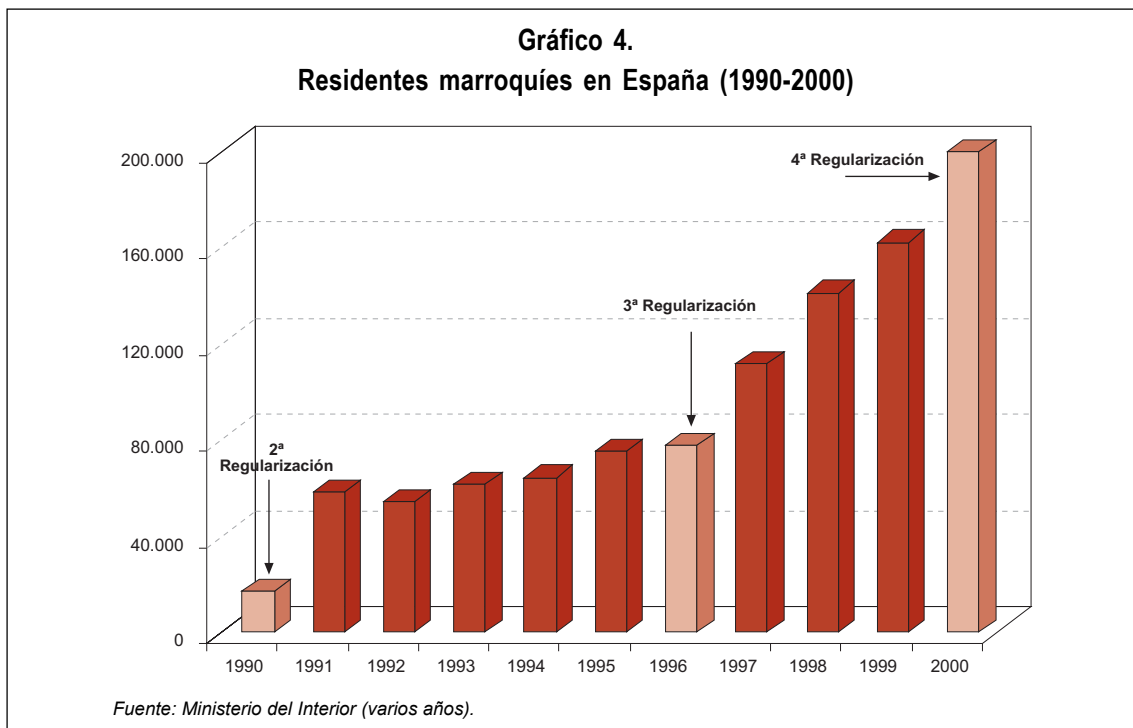
Izquierdo (1996) ha calificado el flujo migratorio de los noventa hacia España como una “inmigración inesperada”, tanto por la magnitud del movimiento, por las características socioculturales de los recién llegados, como, por último, por la imprevisión de la Administración española, que ha dado la impresión, en todo momento, de ir por detrás de los acontecimientos. El caso de Almería puede resultar paradigmático al respecto; pero antes trataremos de ofrecer algunos datos acerca de las dimensiones y la conformación de estos nuevos residentes en España.

El volumen de residentes extranjeros ha crecido en los últimos años a un ritmo sin precedentes en la historia demográfica española, por lo menos en la de los últimos dos siglos. De los casi 242.000 residentes de 1985, se ha pasado en el año 2000 a casi 900.000; lo que supone un crecimiento del 370 por 100, a una tasa de crecimiento anual del 9,1 por 100. Pero más relevante todavía resulta constatar la modificación que se ha producido en el origen de este colectivo. El Gráfico 3 ofrece el testimonio del vuelco que se ha producido en la distribución del contingente extranjero en España, que a mediados de la década de los ochenta estaba compuesto en un 65 por 100 de residentes originarios de países europeos, pero que desde el año 2000 supone sólo el 40 por 100 del total. Esta reducción de la contribución europea, que ha crecido, no obstante, en términos absolutos en un 228 por 100 (de unos 160.000 a 360.000), se debe al extraordinario crecimiento de las cifras absolutas y relativas de residentes americanos (incremento de un 370 por 100) y, sobre todo, de residentes africanos (un incremento del 3.065 por 100) que se han situado en la década de los noventa como el segundo colectivo por el continente de procedencia detrás de los europeos.



El crecimiento de la inmigración africana se ha nutrido sobre todo de la masiva aportación de norteafricanos, y particularmente de personas de origen marroquí, que tras la regularización de 2000 alcanzan una cifra de residentes legales superior a las doscientas mil personas, lo que le aproxima a la cuarta parte del total de extranjeros residentes en España y hace que ocho de cada diez africanos sean de esta nacionalidad. La evolución del colectivo marroquí se observa en el Gráfico 4 del que se desprende que el ritmo de crecimiento ha sido muy superior en la segunda mitad de la década de los noventa, tras el gran salto que supuso la segunda regularización de 1990. Este proceso administrativo había permitido sacar a la luz una importante bolsa de emigración ilegal que supuso la cuadruplicación del número de residentes marroquíes en España. Las sucesivas regularizaciones acometidas por el gobierno español han permitido que afloraran porciones importantes de inmigrantes ilegales, aunque no hayan supuesto un incremento de las dimensiones que tuvo la regularización de principios de los noventa en términos relativos. En todo caso, todo esto nos indica la persistencia y la funcionalidad ante determinadas demandas de empleo, de un flujo de inmigración irregular de origen norteafricano a lo largo de los noventa.

El incremento de los flujos de inmigrantes norteafricanos debe integrarse en la dinámica de la economía española, y muy concretamente en dos hechos: la profundización de la segmentación del mercado de trabajo y la expansión de la economía sumergida. Ambos fenómenos han hecho que España necesite un número creciente de inmigrantes.



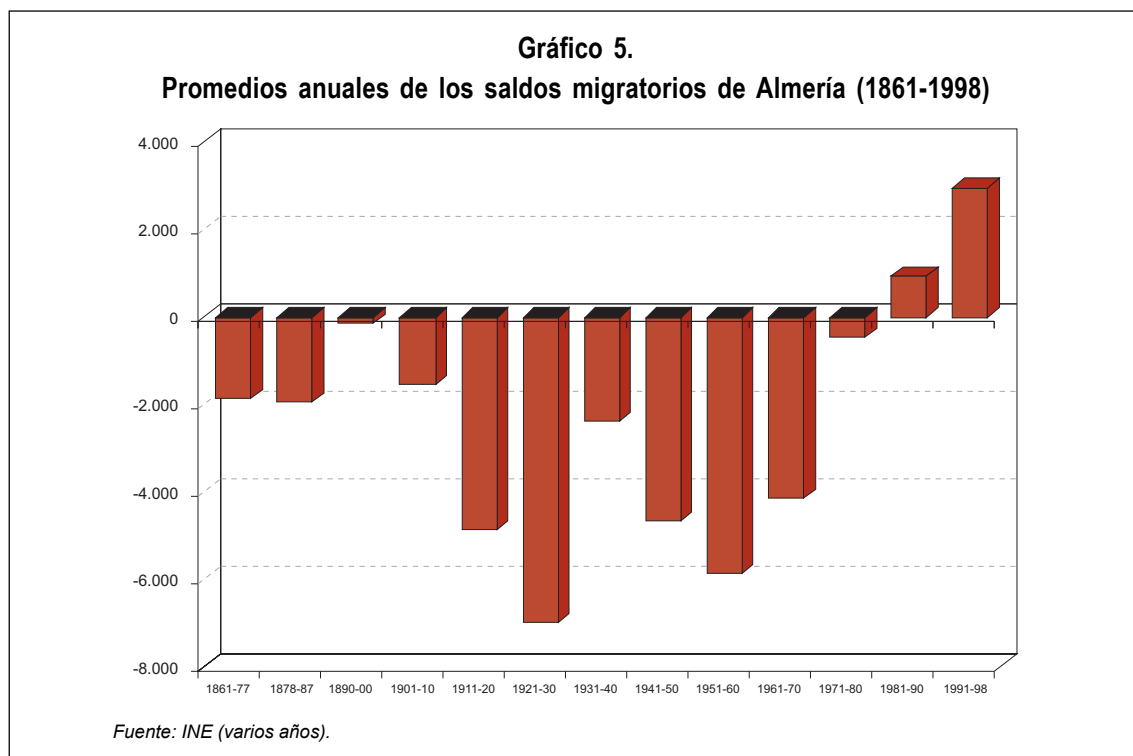


Con respecto a la segmentación del mercado laboral, desde mediados de los ochenta la economía española empezó a necesitar mano de obra extranjera para trabajar en determinados sectores que los nacionales comenzaron a rechazar y en aquellos otros que se apoyaban en una mano de obra barata para mantener su competitividad. En este sentido se debe destacar la complementariedad entre la fuerza de trabajo autóctona y la inmigrante, ya que la llegada de inmigrantes apenas sí ha tenido repercusiones en los niveles salariales y en las perspectivas de empleo de los trabajadores autóctonos al responder a las demandas de más marcada discontinuidad y precariedad (servicio doméstico, peón agrícola, construcción, etcétera). Al instalarse en los puestos de trabajo más bajos de la escala laboral están posibilitando la promoción laboral y económica de los trabajadores nativos, así como el freno de los salarios en los puestos menos cualificados al existir una amplia oferta. Esta funcionalidad se refuerza en el caso de la inmigración irregular, no sólo por su menor coste, sino también por su mayor disponibilidad y absoluta flexibilidad (Cohen, 1995).

Con respecto a la economía sumergida, las cifras facilitadas por la Comisión Europea y otros institutos oficiales de estadística indican que ha crecido en los últimos años. Así, según la Comisión Europea, en el año 2000 la economía sumergida representó el 22 por 100 del PIB español, frente al 14 por 100 de 1998, ocupando uno de los primeros puestos en el ranking de defraudación junto con Italia y Grecia. El crecimiento de este tipo de economía ha llevado aparejado el desarrollo de un mercado laboral “secundario” que requiere personal poco cualificado y ocasional. La importancia del progreso de este mercado laboral radica en que es el destino mayoritario de los inmigrantes, de forma que parece existir una asociación entre el aumento de la inmigración y el de la economía sumergida. Así, dos de los sectores más proclives a la economía sumergida (el servicio doméstico y la agricultura) son los dos nichos laborales que reúnen a más trabajadores inmigrantes (legales e ilegales). Por tanto, el desarrollo de las actividades irregulares en España podría explicar en parte el aumento reciente de la inmigración, siendo en este sentido interesante el paralelismo que existe con Italia.

Estos aspectos se deben tener en cuenta puesto que van a condicionar la inserción geográfica y laboral de los inmigrantes. Así, la inmigración magrebí presenta una elevada especialización en el sector agrario y una distribución territorial muy concentrada en el litoral mediterráneo. Entre estos enclaves de asentamiento destaca la relevancia adquirida por Almería, de forma que analizaremos este caso apuntando el contexto socioeconómico en el que se desenvuelven los inmigrantes.

En el caso de la provincia de Almería la celeridad de la conversión de zona de emigración en zona receptora ha sido imponente. Tras más de cien años de signo negativo, con dos etapas de especial sangría: 1910-1930 y 1940-1970, a la altura de 1980 se anotan los primeros saldos migratorios positivos en la provincia (Gráfico 5). Desde entonces el crecimiento de la provincia ha sufrido un acelerón histórico, mientras que los saldos migratorios positivos alcanzan niveles inéditos en la historia provincial, hasta el punto que en el año 2000 Almería presenta la tasa de extranjería más alta de toda España, 66,6 residentes por cada mil habitantes, tres veces más que la tasa media española (22,3) y casi cuatro veces más que la andaluza (18,1). Las tres cuartas partes de los extranjeros



residentes en la provincia almeriense son originarios de diferentes países africanos, con lo que se convierte en términos relativos en el territorio español de mayor concentración de inmigrantes de ese continente.

Si el crecimiento de la inmigración africana en España ha sido un proceso relativamente rápido, en Almería lo ha sido aún más, con una tendencia sin parangón en ningún otro lugar del país (Tabla 3). En menos de ocho años el número de africanos residentes en España se ha multiplicado por 3,5; mientras que en Almería el multiplicador ha sido 12⁸. Las tasas de crecimiento son respectivamente de un 20,7 y un 47,9 por 100 anual. El resultado global de este diferencial de crecimiento es que la tasa de inmigrantes africanos es, tras la última regularización del año 2000, ocho veces mayor en Almería (47,9 por 1000) que en España (6,5 por 1000). Los porcentajes correspondientes (4,8 para Almería y 0,6 para España) deben ser matizados geográficamente ya que los inmigrantes ofrecen importantes concentraciones en los municipios en los que se desarrolla la agricultura intensiva.

⁸ Estas cifras hacen referencia a los establecidos legalmente, sin embargo la proporción de africanos en situación irregular es muy elevada, tal como han puesto de manifiesto los distintos procesos de regularización extraordinaria realizados hasta ahora y por los que se legalizan a la mayoría de los que entraron de modo irregular en los años inmediatos anteriores.



Tabla 3. Evolución de los residentes africanos en Almería y España

Año	España	Tasa Cto. anual medio %	Tasa (por mil hab)	Almería	Tasa cto. anual medio %	Tasa (por mil hab)
1992	73.223	-	1,9	2.040	-	4,3
1995	95.725	9,3	2,4	4.109	26,3	8,3
1998	179.487	23,3	4,5	11.221	39,7	22,2
2000	261.385	20,7	6,5	24.553	47,9	47,9

Fuente: Ministerio del Interior (varios años). Elaboración propia.

Así, la significación del colectivo inmigrante sobre el conjunto de la población autóctona es muy elevada en La Mojonera (20,1 por 100), Vícar (12,7 por 100), El Ejido (12,1 por 100), Níjar (11,8 por 100) y Roquetas de Mar (10,7 por 100). Si a estos elevados porcentajes se les incorporaran los inmigrantes irregulares que viven en estos municipios, las proporciones se duplicarían⁹.

Otro rasgo que interesa destacar es el elevado nivel de actividad de los inmigrantes africanos. Muestra de esto es que poseían más del 95 por 100 de los permisos de trabajo de la provincia al terminar 1999. También destaca la concentración de estos inmigrantes en el sector agrario, de forma que más del 90 por 100 de los permisos laborales están destinados a funciones agrícolas (peonaje), porcentaje que ha venido creciendo en los últimos años y que parece dejar poco resquicio al desarrollo de otras actividades. Este abrumador predominio de la ocupación agraria se debe tener en cuenta porque va a condicionar la composición sociodemográfica de los inmigrantes y sus posibilidades de integración. Así, la inmigración está compuesta básicamente por varones (casi el 95 por 100), jóvenes (el 86 por 100 tiene entre 18 y 35 años) y solteros (más del 75 por 100).

La demanda laboral en el mercado agrícola almeriense viene determinada por la estacionalidad en el ciclo productivo, su intensidad en momentos puntuales y la intermitencia de estos momentos. En los períodos álgidos de la campaña se necesita acudir de forma recurrente a jornales externos y remunerados. Pero incluso en esta época la necesidad de mano de obra es muy fluctuante, ya que son habituales las paradas generadas por el ciclo vegetativo de las plantas y por las estrategias del empresario agrícola frente a las fluctuaciones del mercado. Por tanto, el mercado de trabajo agrícola ofrece empleos de escasa cualificación (peonaje), reducida remuneración, fuerte discontinuidad temporal y elevada incertidumbre.

⁹ Estas elevadas concentraciones de inmigrantes en determinados municipios, su rápido crecimiento en un lapso de tiempo muy reducido, la importante presencia de irregulares, la falta de trabajo para muchos de ellos, el desbordamiento de los centros de acogida y la falta de respuestas adecuadas por parte de las distintas Administraciones están contribuyendo a la creación de "zonas calientes" en la provincia. Para un análisis de los factores que intervinieron en los sucesos de febrero de 2000 en El Ejido véase Aznar Sánchez y Sánchez Picón (2001).

Esta tipología de oferta laboral condiciona la inserción socioeconómica del inmigrante, de forma que aunque un porcentaje de estos inmigrantes ha conseguido alcanzar una cierta estabilidad en el trabajo y continuidad en sus ingresos (los más antiguos y cualificados), la mayoría del colectivo se debe conformar con un trabajo inestable y con unos ingresos discontinuos que hacen que sus posibilidades de promoción social sean mínimas. Además, esta situación dificulta el acceso a una vivienda digna, lo que se suple, bien alquilándola entre varios o residiendo en una suministrada por el empleador. Las condiciones de habitabilidad de muchas de ellas son malas, el hacinamiento es habitual, y gran parte de estos asentamientos está diseminado por el campo, lo que facilita su proximidad al lugar de trabajo, pero entorpece sus relaciones sociales (Martínez Veiga, 1999). La precariedad laboral y las malas condiciones del alojamiento dificultan el asentamiento y la reagrupación familiar, que son fundamentales de cara a la integración de los inmigrantes en la sociedad receptora. En el caso de los irregulares estas dificultades se ven acentuadas convirtiéndose su situación de irregularidad en un obstáculo insalvable para su integración social.

A pesar de las adversas condiciones sociolaborales ofertadas en la provincia, la presencia de inmigrantes africanos (mayoritariamente marroquíes), vendría explicada, entre otros, por los siguientes factores: la proximidad relativa en el caso de los marroquíes, que les permite mantener mayor contacto con el país de origen; la existencia de apoyos e información que ofrecen los familiares y amigos ya establecidos; la dureza de las condiciones de vida en los países de origen; la percepción que el inmigrante tiene del jornal que se hace (sobre todo al principio) según su poder adquisitivo en Marruecos y le permite conseguir un cierto nivel de ahorro; la necesidad de recuperar la inversión realizada para poder llegar a España; y la consideración por parte del inmigrante de que el trabajo en la agricultura es una primera etapa de tránsito dentro de su estrategia de asentamiento en España o Europa (Pumares, 1999).

Muy pocos de los emigrantes que están en Almería consiguen cumplir su proyecto migratorio debido a que sólo una reducida proporción tiene empleo garantizado durante casi todo el año (el 7 por ciento), mientras que el resto debe conformarse con trabajar sólo algunos meses al año (el 50 por ciento no llega a los seis meses de trabajo; el 20 por ciento ronda los dos-cuatro meses y el 10 por ciento difícilmente llega a los dos). Esta discontinuidad laboral limita enormemente su capacidad de ahorro, que, al ser reducida, es utilizada mayoritariamente para cubrir las necesidades básicas de la familia y la adquisición de electrodomésticos (Checa, 1995). La imposibilidad de alcanzar los objetivos en la provincia explicaría la frecuente marcha de los inmigrantes hacia otras latitudes con mejores perspectivas de empleo y salario. En este sentido resulta sintomático que en una encuesta realizada a medio millar de marroquíes asentados a lo largo de todo el mediterráneo español (Gozálvez Pérez, 1995), las valoraciones negativas se concentraran en Almería, de forma que en esta provincia se daban las mayores percepciones de discriminación laboral y de aislamiento; mientras que las perspectivas de reagrupación familiar y de permanencia eran las más bajas.

La perpetuación de estas “cadenas de movilidad aleatorias” (Piore, 1983) presenta externalidades negativas en dos ámbitos. A nivel microeconómico, desde la perspectiva de la modernización que se quiere impulsar en las explotaciones, la continua rotación de trabajadores al



desincentivar la cualificación puede resultar una restricción de cara a la mejora en la eficiencia y la productividad del trabajo. A nivel social, bloquea las posibilidades de integración económica y laboral de los inmigrantes.

A pesar de los inconvenientes con los que se encuentran los inmigrantes africanos asentados en Almería; su situación geográfica, la existencia de ofertas de empleo y la consolidación de redes migratorias anticipan que la provincia continuará siendo utilizada como “lanzadera” hacia la legalidad, otros ámbitos geográficos y otras actividades económicas.

6. Confrontación de las experiencias migratorias

El objetivo central de nuestra contribución es realizar una confrontación (en su acepción académica: "cotejo de una cosa con otra") entre las experiencias migratorias de los españoles, y en particular de los almerienses, del pasado; y la que actualmente protagonizan los magrebíes con destino a lo que otrora fue tierra de emigración. Trataremos de presentar un amplio catálogo de elementos sujetos a este contraste, desde la hipótesis de que a la complejidad de los fenómenos hay que añadir la constatación de lo diversas que son las encrucijadas históricas en que se han producido los diferentes movimientos.

En primer lugar debemos apuntar la diversidad de efectos macroeconómicos. Las remesas que los emigrantes envían juegan en Marruecos un papel macroeconómico mucho más determinante que el que desempeñaron en España durante la década de los sesenta y setenta. Así, en el caso de Marruecos los ingresos por transferencias de emigrantes han permitido cubrir más de la mitad del déficit comercial entre los años 1980 y 1999 (excepto en 1982), e incluso en 1986, 1987 y 1988 todo el déficit comercial pudo ser financiado con las transferencias de los emigrantes. En el caso de España, su capacidad de absorción entre los años 1960 y 1979 fue bastante más modesta, situándose en todo el período (excepto en tres años) por debajo del 30 por 100 (Cuadro 4). Por tanto, la emigración constituye una fuente de divisas básica para la economía marroquí y su dependencia de esta fuente de ingresos es bastante más acentuada que la que tuvo la economía española.

Desde la escala macro a la micro, algo cabe decir respecto al marco de análisis. La experiencia histórica y la realidad actual confirman el alcance fundamentalmente regional de los procesos migratorios. Aunque los datos que solemos manejar se presentan agregados a nivel estatal, los flujos se concentran en áreas geográficas concretas, en ámbitos comarcales, en donde pueden generarse condiciones específicas no contempladas en los análisis más generales. La acción política y administrativa ha de tener en cuenta precisamente el marco territorial más idóneo para detectar con prontitud los desafíos de la inmigración.

Tabla 4. Comparación de las aportaciones de las remesas de emigrantes marroquíes (1980-1999) y españoles (1960-1979)

Remesas como porcentaje del déficit comercial			
MARRUECOS		ESPAÑA	
Año	%	Año	%
1980	58,0	1960	–
1981	50,2	1961	41,6
1982	37,7	1962	23,3
1983	60,0	1963	20,0
1984	50,2	1964	22,7
1985	57,5	1965	17,3
1986	101,8	1966	17,6
1987	111,7	1967	18,6
1988	114,1	1968	21,0
1989	61,9	1969	21,9
1990	74,6	1970	25,1
1991	77,2	1971	34,9
1992	64,2	1972	26,4
1993	66,1	1973	26,6
1994	57,2	1974	18,5
1995	51,5	1975	18,7
1996	61,7	1976	18,5
1997	59,2	1977	24,1
1998	64,2	1978	40,0
1999	56,5	1979	31,6
Total periodo	64,2		24,3

Fuente: Dirección de la Statistique (varios años) y Oporto del Olmo (1992).
 Elaboración propia.

A las particularidades regionales o territoriales se le añaden las sectoriales, relativas al tipo de actividad económica en la que encuentran empleo los inmigrantes. Aquí la experiencia histórica puede resultar aleccionadora, ya que la emigración de españoles hacia Francia, Suiza, Bélgica o Alemania durante los sesenta y setenta tuvo como destinos principales las actividades del sector industrial, los servicios y la construcción. Los empleos relacionados con la agricultura, aparte de la emigración de temporada al sur de Francia (vendimia), fueron mucho menores y sólo alcanzaron alguna significación en este país. Pero incluso en este caso, los peones agrícolas inmigrantes buscaron rápidamente una salida urbana o industrial (Palazón Ferrando, 1999).

En la coyuntura migratoria española actual parecen convivir modelos migratorios contruidos en realidades históricas y geográficas muy diferentes: la emigración intraeuropea de los sesenta-setenta, ligada a la onda de crecimiento más extensa de la economía industrial europea, frente al modelo de emigración mexicana y chicana hacia California, nutrida por un poderoso flujo, entre otros, de braceros y colonos con destino a la próspera agricultura de este Estado norteamericano.

La problemática de la integración es muy diferente en cada una de las modalidades migratorias e incluso, dentro de ellas, en cada uno de los colectivos de inmigrantes. Al parecer, las expectativas del emigrante empleado como trabajador agrícola se vinculan a este trabajo de una manera efímera o coyuntural. De nuevo un acercamiento al caso almeriense puede resultar útil ya



que los estudios realizados recientemente, coinciden en señalar que los proyectos de emigración de la mayoría de los trabajadores inmigrantes de la agricultura intensiva perciben la estancia en esta actividad laboral como un requisito previo a la legalización o al encuentro de mejores empleos en otros sectores económicos y en otras latitudes (Aznar Sánchez y Sánchez Picón, 2000). Las razones por las que el empleo agrícola no se considera una plataforma deseable para la promoción personal y laboral son complejas y difíciles de resumir. Pero resulta evidente que los salarios (tanto los recogidos en los convenios como los percibidos por los "ilegales"), la eventualidad o excesiva temporalidad de una actividad fuertemente cíclica, motivos de prestigio social ante las escasas opciones de promoción profesional desde la condición de bracero a la de propietario, desaparecidas ya las condiciones que facilitaron a los colonos alpujarreños convertirse en propietarios en los sesenta-setenta, son, entre otras, algunas de las razones que ayudan a explicar la eventualidad del proyecto del emigrante marroquí en Almería.

Esta precariedad genera un conjunto de efectos negativos profundamente interrelacionados. Resulta sintomático que la tasa más alta de masculinidad entre los residentes extranjeros en España (cuyo promedio es del 53,2 por 100 de varones frente al 46,8 por 100 de mujeres) se da en las provincias de Almería (75,9 por 100 de varones), Murcia (71,4) y Huelva (65,1), precisamente en tres zonas donde el mercado de trabajo agrícola absorbe a la mayor parte de la inmigración extranjera (Ministerio del Interior, 2001). Las precarias condiciones del trabajo agrícola desincentivan el reagrupamiento familiar y acentúan el desarraigo en los miles de braceros que terminan ocupando infraviviendas y deambulando entre los cortijos y los invernaderos durante las numerosas jornadas de desocupación. En estos lugares la "visibilidad" de grupos de hombres jóvenes de origen magrebí, en las calles de los pueblos que han ido creciendo con la expansión agroindustrial, pero que hasta los noventa no habían visto apenas a inmigrantes norteafricanos, ha generado una sensación de inseguridad e incomodo entre los autóctonos¹⁰.

Encontramos aquí un ejemplo más de cómo la política de migración tiene que ser algo más que una actuación de mero control de flujos y bastante más que una mera política laboral que trate de incidir en la reforma del mercado de trabajo agrícola, o que espere de la contratación de trabajadores temporales en los países de origen la solución al problema.

Los casos históricos además nos indican cómo el control de flujos mediante el establecimiento de cupos o la práctica de contratos temporales no exonera de la necesidad de una política de gestión de la migración que integre programas de acción sociales y culturales. Aunque el potencial migratorio de los años sesenta en España no era equivalente al actual de los países del Magreb, la actuación de las cadenas migratorias facilitaron que en la República Federal de Alemania o en Francia, muchos de los "trabajadores invitados" o de los braceros de temporada, se convirtieran en emigrantes definitivos y pasaran a constituir colectivos establecidos y con necesidades crecientes de servicios sociales (educación, vivienda, salud...) garantizados por el Estado.

¹⁰ Sobre la ocupación de los espacios urbanos por los inmigrantes,.. véase Checa, (2001).

Sin embargo, las condiciones de acogida, los factores de atracción, son en este momento mucho peores para los emigrantes africanos que los que se dieron en la etapa de las grandes migraciones europeas de principios del siglo XX o que las del episodio de las migraciones intraeuropeas de la postguerra. Arango (1994) ha hablado del "infortunio histórico de la inmigración actual desde los países en desarrollo". Los trabajadores de las migraciones intraeuropeas se insertaron en mercados de trabajo estructurados y regulados, mientras que un elevado porcentaje de los actuales inmigrantes encuentran ocupación en actividades de la economía informal. Las restricciones para la entrada de extracomunitarios se han intensificado y las necesidades de mano de obra foránea ya no están vinculadas al desarrollo industrial o a los servicios; ya no se originan en actividades de la economía formal, sino que se generan en el tortuoso espacio de la economía informal, o en los nuevos segmentos del mercado de trabajo en donde se han quedado ubicadas muchas de las actividades económicas más intensivas en factor trabajo. La secuela de precariedad y desarraigo, así como las barreras a la integración social que esta vía de inserción de los inmigrantes en las sociedades europeas han causado, hacen que el proyecto de estos inmigrantes esté cargado de una mayor incertidumbre y que su horizonte temporal termine teniendo, tras una larga cadena de frustraciones, mucha más duración que el de sus antecesores europeos de hace varias décadas.

Desde el punto de vista de las fuentes de información que utiliza el emigrante antes de emprender el viaje al país de destino, se debe destacar el creciente papel que juegan la televisión y la globalización de los medios de comunicación frente a las tradicionales vías de transmisión de información constituidas por los familiares y amigos emigrados. Así, en una encuesta realizada por Eurostat (2001) acerca de las fuentes de información que usaron los marroquíes antes de su llegada a España, aunque en primer lugar se apoyaron en las noticias ofrecidas por los familiares, en segunda y tercera posición aparecieron la televisión/radio y la prensa. Junto a esta labor de información, se debe destacar el efecto de "incitación" de estos medios al hacer más visibles los contrastes entre los niveles de renta de ambas orillas del Mediterráneo y constituir un "escaparate" de las oportunidades que se ofrecen¹¹.

El dramatismo y la violencia de algunas de las imágenes de la migración suponen un contraste evidente con otros ciclos migratorios anteriores. Frente a otros movimientos canalizados a través de la firma de acuerdos entre los países de origen y destino, que permitieron un desarrollo regularizado de los flujos y una salvaguardia de los derechos y condiciones en los que se realizaba la emigración; los recientes movimientos migratorios se caracterizan por la ausencia de acuerdos entre los gobiernos de los países afectados, lo que ha llevado a una emigración ilegal, desordenada e incontrolada. Ante la imposibilidad de emigrar legalmente se ha desarrollado una emigración "clandestina" en torno a la que ha surgido un "negocio" o "industria" que se están encargando de explotar las mafias. Una muestra de esto es que entre enero de 1999 y septiembre de 2001 fueron desarticuladas 715 bandas de varias nacionalidades (pero sobre todo españolas, marroquíes y ecuatorianas) que se dedicaban

11 Cuando redactamos estas líneas un reportaje aparecido en la prensa recoge las impresiones de Bouaza, un temporero marroquí empleado en la faena de la aceituna de Jaén, que se lamenta de no encontrar en España "lo que veía en los concursos de televisión" (Carmen del Arco: "Desilusión en los campos de olivos". *El País*, 26-12-2001).



a introducir inmigrantes de forma ilegal (Ideal, 24-10-2001). La evolución del número de detenciones de inmigrantes en las costas españolas muestra un crecimiento del uso de estas vías ilegales de entrada, de manera que mientras que en 1999 se detuvieron a 3.569 inmigrantes, en 2000 la cifra ascendió hasta los 15.195 y en los nueve primeros meses de 2001 se alcanzaron los 19.465 detenidos (más del 70 por 100 marroquíes). La utilización de vías clandestinas de entrada está impregnando de dramatismo estos flujos: las cifras oficiales de cadáveres recuperados en los nueve primeros meses de 2001 (130) duplicó a la registrada en el 2000 y cuadruplicó a la de 1999; mientras que la realidad parece ser mucho más impresionante puesto que según datos de la Asociación de Trabajadores Inmigrantes Marroquíes en España (ATIME), el total de fallecidos en los nueve primeros meses de 2001 pudo ser de unos 700, ya que también contabilizan los cuerpos rescatados en aguas marroquíes (El País, 28-10-2001). Además, la violencia no se limita exclusivamente al momento de la entrada, sino que se prolonga hasta que el emigrante consigue acceder a la legalidad, siendo víctima con frecuencia de extorsiones, secuestros y chantajes de los agentes de las redes mafiosas. La criminalización de la inmigración clandestina ha hecho surgir un negocio boyante a su sombra que mueve importantes capitales y que por ahora permanece encapsulado dentro del mundo del emigrante, sin que pueda descartarse que en un futuro no termine extendiendo sus tentáculos fuera del mismo, desencadenando problemas de inseguridad todavía más graves.

A todo lo reseñado hay que añadir algunas cuestiones de índole cultural, dentro del resbaladizo campo de los tópicos, los prejuicios o el imaginario colectivo, que añaden ingredientes problemáticos al fenómeno. El encuentro entre ciudadanos magrebíes y ciudadanos españoles, una vez reconvertido el país en zona de inmigración, se ha producido a una escala significativa en los últimos diez o quince años, tras siglos de distanciamiento o de relaciones que sólo habían ayudado a ampliar el enorme foso de la desconfianza y de los prejuicios. La mayoría de los inmigrantes que llegan ahora a las costas españolas no son para eso tan etéreo como la opinión pública, unos exóticos desconocidos. Los que lo son, negros subsaharianos (senegaleses, guineanos, etc.), incluso ecuatorianos, son minoritarios todavía frente a los magrebíes. Para éstos, por el contrario, existe un vocablo que, acuñado por una historia de relaciones escasamente pacíficas, no puede desprenderse de connotaciones negativas. Son "moros"¹².

Las generaciones actuales de habitantes de las dos orillas se enfrentan a un reto de gran importancia y complejidad. A las diferencias culturales, el imaginario colectivo ha sumado, por la vecindad conflictiva entre las dos comunidades, por el papel del enfrentamiento histórico entre el Islam y la Cristiandad en la conformación de las identidades respectivas, un conjunto de prejuicios que, por ejemplo, no existían entre comunidades emigrantes y receptoras en otros episodios migratorios. No digamos ya en las emigraciones intraeuropeas del siglo XX, sino también en la gran emigración intercontinental de europeos hacia las "neoeuropas" de América, incluso en los desplazamientos de asiáticos hacia estas zonas. La cercanía cultural, en unos casos, o la ausencia de un pasado de enfrentamientos y resquemor, en otros, ha actuado como elemento que facilitaba la integración o cuanto menos la convivencia.

12 La temprana conformación de la imagen negativa del moro en la sociedad española ha sido estudiada por Perceval (1997).

La ausencia de una ideología positiva de la emigración, que denunciara ya hace años un observador tan cualificado como Arango (1994), supone tal vez una novedad infortunada en comparación con el ambiente de acogida que, más allá de las dificultades de toda migración, presidió la arribada de millones de europeos a los países nuevos. Cualquier actuación para contrarrestar esta tendencia debe ser saludada, por difícil o complicada que resulte. La salud de las instituciones democráticas que han acompañado el progreso y la civilización europeas puede ponerse en peligro, ya que la desconfianza hacia los foráneos puede promover, como ha ocurrido en diferentes lugares de Europa, reacciones sociales y políticas teñidas de una xenofobia inaceptable que pudieran conducir a un envejecimiento de la convivencia social. Esta podría ser, en un horizonte inmediato, la más desafortunada novedad de la historia de las migraciones mediterráneas.

7. Bibliografía

- Arango, J. (1994): "La cuestión migratoria en la Europa de fines del siglo XX". Nadal, J. (Coord.): *El mundo que viene*. Alianza, Madrid.
- Aznar Sánchez, J.A. (2000): *Dinámica demográfica y económica de Almería en el siglo XX*. Universidad de Almería, Almería.
- Aznar Sánchez, J.A. y Sánchez Picón, A. (2000): "Inmigración en tierra de emigración: el caso de Almería". *Economistas*, nº 86.
- Aznar Sánchez, J.A. y Sánchez Picón, A. (2001): "El crecimiento económico: una comunidad desbordada". Checa, F. (Ed.): *El Ejido: la ciudad cortijo. Claves socioeconómicas de un conflicto étnico*. Icaria, Barcelona.
- Azurmendi, M. (2001): *Estampas de El Ejido*. Taurus, Madrid.
- Bonmatí Antón, J.F. (1992): *Espanoles en el Magreb, siglos XIX y XX*. Mapfre, Madrid.
- Braudel, F. (1953): *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*. FCE, Madrid.
- Checa, F. (1995): "Migración, riesgo y beneficios. Los inmigrantes africanos en la provincia de Almería". *Demófilo*, nº 15.
- Checa, F. (Ed.) (2001): *El Ejido: la ciudad-cortijo. Claves socioeconómicas de un conflicto étnico*. Icaria, Barcelona.



- Cohen, A. (1995): "Algunas reflexiones a propósito de la inmigración magrebí en España". *Ería*, nº 38.
- Cohen, A. (1999): "España, estación de llegada: alcance e implicaciones". González Portilla y Zarraga Sangroniz, (Eds.): *IV Congreso de la Asociación de Demografía Histórica*. Universidad del País Vasco, Bilbao.
- Cózar Valero, M.E. (1984): *La emigración exterior de Almería*. Universidad de Granada, Granada.
- Direction de la Statistique (varios años): *Annuaire statistique du Maroc*. Direction de la statistique, Rabat.
- Eurostat (2001): *Pourquoi les individus migrent-ils?*. Eurostat, Bruxelles.
- Fernández Asperilla, A. (1998): "La emigración como exportación de mano de obra: el fenómeno migratorio a Europa durante el franquismo". *Historia Social*, nº 30.
- Gozávez Pérez, V. (Ed.) (1995): *Inmigrantes marroquíes y senegaleses en la España mediterránea*. Generalitat Valenciana, Valencia.
- Izquierdo, A. (1996): *La inmigración inesperada: la población extranjera en España (1991-1995)*. Trotta, Madrid.
- King, R. (Ed.) (1993): *Mass migration in Europe. The legacy and the future*. Wiley & Sons, Chichester.
- Martínez Veiga, V. (1999): "Alojamiento y segregación. El caso de Almería". *Demófilo*, nº 29.
- Mignon, R. (1982): *Campos y campesinos de la Andalucía mediterránea*. MAPA, Madrid.
- Molina Herrera, J.; Uclés Aguilera, D. y Aznar Sánchez, J.A. (1999): "La agricultura intensiva: una industria de futuro". Parejo y Sánchez Picón (Eds.): *Economía andaluza e historia industrial*. Asukaria, Granada.
- Ministerio del Interior (varios años): *Anuario de extranjería*. Ministerio del Interior, Madrid.
- Nadal, J. (1966): *La población española, siglos XVI-XX*. Ariel, Barcelona.
- Oporto del Olmo (1992): *Emigración y ahorro en España, 1959-1986*. Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid.

- Palazón Ferrando, S. (1999): "La emigración exterior española desde 1950 hasta la actualidad". González Portilla y Zarraga Sangroniz (Eds.): *IV Congreso de la Asociación de Demografía Histórica*. Universidad del País Vasco, Bilbao.
- Perceval, J.M. (1997): *Todos son uno. Arquetipos, xenofobia y racismo. La imagen del morisco en la Monarquía Española durante los siglos XVI y XVII*. Instituto de Estudios Almerienses, Almería.
- Piore, M. (1983): "Notas para una teoría de la estratificación del mercado de trabajo". Toharia, (Ed.): *El mercado de trabajo: teorías y aplicaciones*. Alianza, Madrid.
- Pumares, P. (1999): "Contexto y papel de la inmigración africana en Almería". VV.AA: *Mirando desde fuera. Historias de migración*. Cáritas Española, Madrid.
- Puyol Antolín, R. (1979): *Emigración y desigualdades regionales en España*. Emesa, Madrid.
- Ródenas Calatayud, C. (1994): *Emigración y economía en España (1960-1990)*. Civitas, Madrid.
- Roque, M. A. (Ed.) (1990): *Movimientos Humanos en el Mediterráneo Occidental*. Generalitat, Barcelona.
- Rubio, J. (1974): *La emigración española a Francia*. Ariel, Barcelona.
- Ruiz Sánchez, P. (1995): "Inmigración y mercado laboral en la horticultura forzada almeriense. Una aproximación". *Demófilo*, nº 15.
- Sánchez Picón, A. (1988): "Marchar a las Andalucías: un episodio migratorio en la Almería del siglo XIX". Homenaje al Padre Tapia. Almería en la Historia. I Encuentro de Cultura Mediterránea. Ed. Caja de Ahorros, Almería.
- Sánchez Picón, A. (1992): *La integración de la economía almeriense en el mercado mundial (1778-1936). Cambios económicos y negocios de exportación*. Instituto de Estudios Almerienses, Almería.
- Tortella, G. (1994): *El desarrollo de la España contemporánea. Historia económica de los siglos XIX y XX*. Alianza, Madrid.
- Vilar Ramirez, J.B. (1989): *Los españoles en la Argelia francesa (1830-1914)*. CSIC, Madrid.